



“Manuel Orozco y Berra (1818-1881)”

p. 515-526

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo IV. Biografías

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XXII. MANUEL OROZCO Y BERRA (1818-1881)*

La segunda mitad del siglo XIX en México, no obstante ser etapa de gran efervescencia política y social, trajo consigo un auténtico resurgimiento en la historiografía acerca del México antiguo. Parece como si las grandes culturas indígenas hubieran ejercido entonces, en propios y extraños, desusada fascinación. Los exploradores de las ruinas mayas como Stephens y Maudslay, los estudiosos de textos antiguos como el célebre abate Brasseur de Bourbourg y el nahuatlato francés Rémi Siméon, al igual que el autor de la tantas veces editada *Historia de la conquista de México*, William Prescott, constituyen algo así como la viviente respuesta del mundo exterior, invitado, principalmente por Clavijero y Humboldt, a fijar su atención en las grandes creaciones culturales del México prehispánico.

Pero, si fue grande el interés de no pocos investigadores extranjeros, en México mismo aparece también un grupo numeroso de hombres, algunos de ellos extraordinarios, que se dedican a la investigación de la historia antigua. Ya hacia 1829-30, don Carlos María de Bustamante, benemérito de nuestra historia antigua, no obstante todos los reproches que se le puedan hacer, había publicado, entre otras cosas, la primera edición castellana de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún. La segunda mitad del siglo XIX fue aún más fecunda. Como todo lo humano, las investigaciones y las obras que se publican no tienen siempre el mismo valor. Entre los trabajos de primera, pueden mencionarse los de José Fernando Ramírez, José María Vigil, Francisco Pimentel, Joaquín García Icazbalceta, Manuel Orozco y Berra y Francisco del Paso y Troncoso. Don Faustino Galicia Chimalpopoca y don Alfredo Chavero, para no citar otros, son también dignos de particular mención, aunque sus estudios no alcanzaron la solidez de los mencionados anteriormente, ya que con frecuencia se trasluce en ellos, más que la exposición de los hechos, la imaginación de sus autores.

* En Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1960, t. I, p. XXIX-XXXIX.



En el campo de las creaciones netamente literarias, sin pretensión de investigación histórica, recordaremos al menos las composiciones poéticas de José Joaquín Pesado y José Sebastián Segura. Ambos dieron principio, durante el siglo XIX, a lo que pudiera llamarse poesía moderna de inspiración indigenista.

Al fijar la atención en el grupo de los historiadores ya mencionados, puede decirse desde luego que cualquier investigación actual acerca del pasado prehispánico, tiene por necesidad que hacer referencia a sus trabajos. Icazbalceta, Vigil, Ramírez y Paso y Troncoso pusieron a nuestro alcance textos y documentos fundamentales para la historia antigua de México. Pimentel y Orozco y Berra consagraron su atención, entre otras cosas, al estudio de las lenguas aborígenes. Orozco y Chavero publicaron además sus respectivas historias antiguas de México.

Pero puede afirmarse que de todos los trabajos mencionados, es la *Historia antigua y de la conquista de México*, publicada en 1880 por Manuel Orozco y Berra, la más extraordinaria síntesis —“crónica de crónicas”, la llamó Icazbalceta— de la vida y la cultura en el México antiguo. La *Historia* de Orozco y Berra no fue la última que se escribió en el siglo XIX, ya que Chavero publicó la suya pocos años después. Pero, si no fue la última, sí fue la mejor. Y aunque suene atrevido, lo sigue siendo hasta ahora.

Sería interesante aclarar cuáles fueron las circunstancias que permitieron la aparición de este extraordinario interés, propio de la segunda mitad del XIX, por la historia antigua de México. Podría pensarse que la feliz presencia, casi simultánea, de tan distinguidos investigadores, mexicanos y extranjeros, obedece a una razón especial. Cabría incluso preguntarse si es que, por lo menos en el ánimo de los investigadores mexicanos, no existía entonces algo así como una reiterada necesidad de afirmar en el pasado indígena las raíces de México. Precisamente cuando, gracias al triunfo del partido liberal, consolidada la República, México pugnaba por alcanzar lo que pudiera llamarse su segunda independencia, esta vez fundamentalmente ideológica.

Responder a estas cuestiones llevaría demasiado lejos. Nos concretaremos por esto a recordar los antecedentes, la formación y estudios, así como la participación en la política nacional de Manuel Orozco y Berra, con objeto de poder situar después, dentro de su propio contexto, el significado y la importancia de sus investigaciones acerca de las antiguas culturas de México.

Rasgos biográficos de Orozco y Berra

Orozco y Berra nació en la ciudad de México el 8 de junio de 1818, hijo de don Juan Nepomuceno Orozco, capitán insurgente a las órdenes de Matamoros, y de la señora doña María del Carmen Berra. Cursados sus primeros estudios en la capital del México recién independizado, ingresó al Colegio de Minería, en el que obtuvo, muy joven todavía, el título de ingeniero topógrafo. Por razones de índole económica pasó a radicarse a fines de 1835 a la ciudad de Puebla, donde por primera vez sirvió al Gobierno Nacional, ocupando el puesto de Maestro Mayor de Obras Públicas.

Poniendo de manifiesto su decidida inclinación al estudio, aprovechó también Orozco y Berra su estancia en la Angelópolis para cursar en el seminario de dicha ciudad la carrera de licenciado en derecho. Así, en 1847, poco antes de la ocupación de la ciudad por las tropas norteamericanas, Orozco recibía con los máximos honores el título de Licenciado en Derecho. Iniciada ya su carrera de escritor, durante su estancia en Puebla, ya que colaboraba en varios periódicos, algunos de ellos literarios y otros con tendencias políticas, tuvo ocasión de trabar fecunda amistad con figuras prominentes, como don José Fernando Ramírez, quien en 1852 obtuvo para él un empleo en el Archivo General de la Nación. Nombrado posteriormente director del mismo archivo, los años siguientes fueron para Orozco extraordinariamente fecundos.

En su calidad de miembro de varias sociedades científicas y comisionado por el gobierno, trabajó en la rectificación de la Carta Geográfica del Valle de México, así como en la preparación de numerosos artículos para el célebre *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, que, durante los años 1853 a 1956, fue editado en México. Casi simultáneamente, o sea de 1853 a 1857, con una actividad que causa asombro, dio también a la prensa Orozco y Berra sus cuatro series de *Documentos para la historia de México*, en veinte volúmenes, impresos por J. R. Navarro, Federico Escalante y Vicente García Torres.

Su gran dinamismo y sus relaciones sociales y políticas le valieron ser nombrado en 1856 Oficial Mayor de la Secretaría de Fomento, haciéndose cargo al año siguiente de la cartera del mismo Ministerio. Sin embargo, tan elevado puesto administrativo no le impidió proseguir sus investigaciones y actividades docentes. Así, por ese mismo tiempo daba clases de geografía e historia en el Colegio Militar y escribía una memoria acerca de las lenguas indígenas del país, que sería publicada en 1864 con el título de *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de Méxi-*



co. Aprovechando también sus conocimientos en el terreno de la ingeniería, participó en 1862 en la construcción de las fortificaciones levantadas para defender la capital contra la invasión francesa.

En mayo de 1863 fue nombrado Ministro de la Suprema Corte de Justicia, poco antes de que el gobierno liberal, presidido por don Benito Juárez, tuviera que abandonar la capital presionado por los invasores. Orozco y Berra, “cuyas ideas —como escribe Francisco Sosa— le habían puesto siempre del lado del gobierno liberal”, solicitó entonces del gobierno se le concediera, en su calidad de Ministro de la Suprema Corte, acompañar en su exilio al Presidente de la República. No habiendo obtenido esto, se vio forzado a permanecer en la ciudad de México, ocupada ya por conservadores y franceses.

Conociendo los imperialistas el elevado prestigio intelectual y político de don Manuel Orozco y Berra lo nombraron miembro de la Junta de Notables, distinción que él no aceptó. Mas posteriormente, entronizado ya Maximiliano, presionado por una parte por graves problemas de índole económica y persuadido tal vez de la mentalidad liberal del príncipe austriaco, Orozco y Berra admitió la designación de miembro de la Comisión Científica de México en 1864. Ese mismo año elaboró un proyecto de división territorial para el efímero Imperio, pasando a ocupar la Subsecretaría, y posteriormente la Secretaría, de Fomento, así como la Dirección del Museo Nacional, creado, como se sabe, por Maximiliano.

El trato y elevada cultura de Orozco le ganaron todavía más las simpatías de Maximiliano. Éste lo nombró Consejero de Estado en septiembre de 1865, y le concedió varias condecoraciones y honores. En su calidad de consejero, Orozco tuvo una participación que podría haber sido decisiva, en noviembre de 1866, cuando Maximiliano reunió a su Consejo en la ciudad de Orizaba para determinar en forma irrevocable si debía permanecer o no en el país. Orozco señaló con valentía el hecho de que el Imperio no podría sostenerse, y que era mejor una abdicación honrosa que una serie de luchas sangrientas que al fin traerían la derrota. Por desgracia, la mayoría de los consejeros no fueron de su mismo parecer y las predicciones de Orozco pasaron a convertirse antes de un año en realidad.

Derrotado el Imperio en 1867, la participación que había tenido en él Orozco y Berra, no obstante haber mantenido siempre un criterio liberal, trajo consigo no sólo su muerte política, sino también el principio de una serie de sufrimientos y problemas. Al restablecerse la República, Orozco y Berra fue encarcelado en el templo de La Enseñanza, junto con otros varios imperialistas, y sentenciado en virtud del decre-

to de 5 de septiembre de 1867 a cuatro años de prisión y cuatro mil pesos de multa.

Serenados los ánimos, el Gobierno de la República fue indulgente con el hombre de estudio. Se reconocía implícitamente que su participación en la administración del Imperio había sido por la fuerza de las circunstancias y alejada de todo sectarismo reaccionario. Así, poco después fue liberado de la prisión, permitiéndosele vivir en su casa y reduciéndose a la mitad la multa que le había sido impuesta.

Poco a poco Orozco y Berra se reintegró a sus actividades científicas. En 1870 ingresó nuevamente a la Sociedad de Geografía y Estadística y a la Academia de Literatura y Ciencias. Los últimos años de su vida, disfrutando de un reducido sueldo que obtenía por el puesto que desempeñaba en la Casa de Moneda, los consagró a preparar su obra fundamental, la *Historia antigua y de la conquista de México*, que sería publicada en cuatro volúmenes, cuya impresión costó el Gobierno Nacional. Orozco y Berra únicamente contempló impresos los dos primeros volúmenes de su obra, editados en 1880, ya que el 27 de enero de 1881 moría en la ciudad de México, a la edad de 63 años.

La "historia antigua de México"

Iniciador de una manera distinta de historiografía acerca del México Antiguo fue don Manuel Orozco y Berra. Por eso, para comprender mejor el sentido y la finalidad de su obra en este campo, parece conveniente señalar a grandes rasgos los puntos de vista más característicos, adoptados en diversos tiempos por quienes hicieron objeto de su estudio las culturas antiguas de México. Sin pretender dar aquí un cuadro completo y exhaustivo de las que pudieran llamarse "visiones del antiguo mundo indígena", mencionaremos tan sólo las actitudes principales, en relación con las cuales adquiere sentido de novedad la obra de Orozco y Berra.

Las más antiguas imágenes del mundo precolombino, contemplado por europeos, las debemos a algunos de los conquistadores, como el mismo Cortés y Bernal Díaz del Castillo, a frailes, cronistas e historiadores como Motolinía, Mendieta, Sahagún, Durán, Cogolludo y Landa, así como a algunos oficiales de la corona que, como el oidor don Alonso de Zorita, se interesaron por las antiguallas de los indios. Indudablemente que en esas imágenes españolas que acerca del mundo indígena fueron apareciendo durante el siglo XVI, hay enfoques, matices y actitudes distintas. Así, los conquistadores nos dejaron lo que pudiera

llamarse su “visión asombrada” del México Antiguo; los frailes, penetrando mucho más en las interioridades de ese mundo casi mágico, vieron por todas partes la intervención y la obra del demonio, presente en ritos y costumbres que les parecían abominables.

Y aunque hay varones insignes como Las Casas y Sahagún, que desde puntos de vista diferentes subrayaron los grandes valores del México prehispánico, ahondando en la raíz de su concepción de la antigua cultura, se descubre un mismo rasgo fundamental. En el mejor de los casos, los indios representan al hombre en su estado de “naturaleza caída”, sometida por tanto a la influencia, no de la revelación sobrenatural del cristianismo, sino las más de las veces al influjo negativo de la intervención del demonio. El indio americano, aun cuando desde un punto de vista meramente humano hubiera llegado a elevadas creaciones culturales, estaba desposeído de lo único verdaderamente valioso: la fe cristiana, valor sobrenatural, único capaz de dar auténtico sentido a la existencia sobre la tierra.

Tal es la tónica fundamental de esas primeras visiones del mundo antiguo, que pudieran designarse por esto como “imágenes cristianizantes”. Ofrecen muchas veces valiosa información de primera mano acerca de la vida indígena, como en el caso de Fray Bernardino de Sahagún, quien reunió textos y pinturas indígenas acerca de las instituciones culturales del mundo náhuatl, o en el de fray Juan de Torquemada, quien a principios del siglo XVII ensayó, en sus *Veintiún libros rituales de la monarquía indiana*, una síntesis extraordinaria del antiguo mundo indígena, que por desgracia, desde el punto de vista moderno, ofrece el inconveniente de verse recargada con numerosas citas bíblicas y consideraciones que hoy se juzgarían fuera de lugar. Lo que sí se puede afirmar de éste y los otros mencionados trabajos es que, de un modo o de otro, son todos ellos instrumento para comprender a “los indígenas paganos”, que deben ser cristianizados.

Es este el lugar para distinguir expresamente entre las crónicas e historias de los frailes, y la documentación netamente indígena que recogieron éstos y que podría considerarse como las fuentes de que se sirvieron para escribir sus obras. Particularmente fray Andrés de Olmos, Sahagún y sus estudiantes indígenas, allegaron en este sentido abundante documentación, pinturas y transcripciones de antiguos textos, escritos en náhuatl, sirviéndose del alfabeto castellano. Gracias a las recopilaciones llevadas a cabo durante el siglo XVI, poseemos textos indígenas tan importantes como los *Anales de Cuauhtitlán*, la Colección de *Cantares Mexicanos*, que se conservan en la Biblioteca Nacional de México, los textos en náhuatl de los informantes indígenas de Sahagún,

la *Historia Tolteca-chichimeca*, etc. Todos estos textos, recogidos de labios de los indios viejos y basados en sus antiguos códices, abren la posibilidad de superar de algún modo la “visión cristianizante”. En función de ellos, podremos acercarnos de manera directa a lo que cabe llamar pensamiento y concepción indígena de su propia cultura.

Precisamente a fines del siglo XVI y principios del XVII, hubo quienes se encaminaron por esta senda, al menos en forma parcial. Nos referimos a las crónicas e historias de indígenas o mestizos, descendientes de la antigua nobleza precolombina, como don Hernando Alvarado Tezozómoc, don Domingo Chimalpahin y don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Habiendo reunido considerable número de códices y manuscritos de los antiguos tiempos, escribieron, desde diversos puntos de vista, aunque ya todos habituados a la manera europea de redactar la historia, sus propias visiones de la que consideraban, al menos en parte, la cultura de sus antepasados. Así Tezozómoc, descendiente de los aztecas, dejó en sus crónicas *Mexicana* y *Mexicáyotl* una imagen de la grandeza del pueblo mexícatl, Ixtlilxóchitl, por su parte, enaltece el señorío de Tezcoco, considerado por él como una especie de Atenas del México antiguo; Muñoz Camargo se fija en los rasgos característicos de la llamada República de Tlaxcala, aliada del conquistador, y Chimalpahin, oriundo de Chalco, da una visión menos apasionada de lo que fue su patria en los tiempos precortesianos.

Pero debe añadirse que, siendo estas imágenes otros tantos intentos de ver al mundo indígena desde el punto de vista de los indios, hay en ellas elementos que las sitúan en relación con las que hemos llamado “visiones cristianizantes”. Por una parte, se trasluce en ellas el empeño de defender ante los españoles la antigua grandeza de las culturas indígenas. Quienes las redactaron participaban de algún modo en lo que el doctor Garibay ha llamado “el trauma de la Conquista”. Escribían sus crónicas e historias a la manera española y se esforzaban por mostrar que los antiguos mexicanos en realidad habían alcanzado una forma de vida en algunos aspectos semejante a la de los conquistadores. Implícitamente quieren mostrar que su antigua cultura no había sido obra del demonio.

Desde el punto de vista del historiador moderno, estos trabajos resultan doblemente valiosos. son en alto grado informativos, ya que ofrecen datos provenientes de fuentes indígenas de primera mano, y revelan además la actitud de indígenas y mestizos, educados ya a la manera occidental, que tratan de elaborar una especie de visión apologética de la cultura de sus mayores.

La segunda mitad del siglo XVII y la mayor parte del XVIII contemplan la aparición de un nuevo tipo de imágenes. Son éstas resultado de lo que ha llamado Edmundo O’Gorman la toma de conciencia de los criollos. Primero don Carlos de Sigüenza y Góngora y en cierto modo la misma Sor Juana Inés de la Cruz, y después los jesuitas humanistas, Clavigero, Campoy, Márquez, y aun don Mariano Veitia, acometieron la empresa, descrita por Luis Villoro como la elevación de la historia antigua a la esfera de los ejemplos clásicos. (Ver Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, p. 96 y ss.)

Comparando a los antiguos mexicanos más o menos implícitamente con griegos y romanos, ve en ellos Clavigero a los creadores de formas de vida, no ya sólo interesantes, sino también de tan rico contenido humano, que pueden ser presentadas como un ejemplo digno de ser emulado en no pocos aspectos. Podría recordarse también en este sentido el “Teatro de virtudes políticas...”, de Sigüenza y Góngora, en el que se presentan, simbolizando diversos ideales de perfección, las efigies de antiguos señores o reyes indígenas al virrey español recién llegado para gobernar esta tierra.

El caso de la *Historia antigua*, de Clavigero, es particularmente interesante. Por una parte, es una réplica a las que podrían llamarse “visiones detractoras” del mundo indígena, como la del prusiano Paw, para quien los indios eran prototipo de barbarie y carencia de cualidades humanas. Por otra, al dar un sentido clásico a las culturas antiguas de México, simultáneamente se está volviendo la vista a un pasado más remoto, que se contraponen con el pasado inmediato, o sea la dominación peninsular del Nuevo Mundo. Sigüenza, Clavigero, Márquez y otros más, formulan de hecho diversos tipos de imágenes que llamaremos “mexicanistas”. En cuanto criollos que son, no obstante todos los vínculos de sangre y cultura que los unen con España, se sienten mexicanos, y por esto buscan en el pasado remoto, elevado a la categoría de lo clásico, un fundamento y raíz.

Su obra, especialmente la *Historia* de Clavigero, alcanza asimismo resonancia fuera del ámbito mexicano. Constituye para los europeos de fines del siglo XVIII la revelación moderna de lo que fueron las antiguas culturas indígenas. Y esto precisamente al tiempo en que varios europeos, en su mayor parte viajeros ilustres, habían comenzado a interesarse por redescubrir la realidad cultural del mundo americano. Como un ejemplo de las imágenes logradas por algunos de estos visitantes, puede mencionarse la obra del caballero italiano Lorenzo Boturini. Compilador de documentos, en su mayor parte de los reuni-

dos un siglo antes por don Carlos de Sigüenza y Góngora, tras escribir su célebre *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, inició Boturini, sin concluir la, la que debería ser su obra definitiva, la *Historia general de la América Septentrional*, cuya única parte existente muestra un empeño de interpretar filosóficamente la cultura del México antiguo desde el punto de vista de las categorías fundamentales de la “Ciencia nueva” de Juan Bautista Vico.

La primera mitad del siglo XIX trae consigo un nuevo enfoque de resonancias sociales y políticas. Mencionando tan sólo la que pudiera llamarse “imagen romántica del México antiguo”, que dejó consignada el barón de Humboldt, puede decirse que las concepciones del mundo precolombino a que llegaron hombres como fray Servando Teresa de Mier y don Carlos María de Bustamante, implican el propósito de quienes, habiéndose consumado la independencia de México, tratan de rechazar, como lo nota Edmundo O’Gorman, “todo cuanto España significa para el Nuevo Mundo”, con el “corolario romántico: la reinstauración del pasado precortesiano” (Véase: *Fray Servando Teresa de Mier*, selección, notas y prólogo de Edmundo O’Gorman, México, Imprenta Universitaria, 1945.) El mundo indígena se concibe así, usando las palabras de Luis Villoro, “como la realidad específica que libera de la instancia ajena”

Comprendidos así los trabajos de fray Servando y de Bustamante, resultan fuera de lugar los reproches que se les han formulado en el sentido de que les faltó la seriedad propia del auténtico historiador. En realidad, a pesar de las valiosas contribuciones de Bustamante, quien editó por vez primera la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, el sentido de su obra no es el de una investigación científica del pasado indígena, sino el de un aprovechamiento de ese pasado para contraponerlo al antiguo mundo colonial y español, que las armas acababan de vencer hacía apenas unos años, pero cuyas raíces ideológicas era necesario también expulsar

La Historia antigua de México, de don Manuel Orozco y Berra

Muy distinto es el enfoque que dio a sus trabajos sobre el pasado indígena de México don Manuel Orozco y Berra. Ya se ha mencionado, al describir brevemente sus rasgos biográficos, la seriedad científica de sus estudios e investigaciones. Por ser la *Historia antigua de México* la última de sus obras mayores, pudo aprovechar en su preparación todos los vastos conocimientos que había acumulado durante su vida.

Ya en el prólogo de la *Historia* el mismo Orozco sitúa en el tiempo su propio trabajo, indicando claramente su propósito. En breves palabras señala con modestia que

[...] había formado el propósito de disculparme del orgulloso atrevimiento de emprender nueva labor acerca de la Historia antigua y de la Conquista de México, ya que tan repetidas relaciones existen, así de propios como de extraños, acerca de entrambas materias, completas y auténticas, escritas algunas con galanura y fluidez, otras en sentido filosófico bien meditado, no faltando ésta o aquélla pintorescas y tan entretenidas, que pueden cautivar la imaginación de la gente indocta y vulgar ¹

A continuación pasa a señalar la actitud que habrá de normar la presentación de los hechos en su *Historia*. Los autores que han escrito acerca de este punto, pueden dividirse, a su juicio, en dos grandes categorías.

Los unos, preocupados por el amor de raza, por el respeto a la religión, por la diferencia de principios civilizadores, y urgidos por los tiempos en que vivían, ven con la luz de sus ojos preocupados los distantes objetos, y en su juicio apasionado desaparecen los indios por inútiles y bárbaros, llenando por completo el cuadro las robustas figuras de los castellanos.

Los otros, igualmente descaminados por la influencia de los tiempos y de las ideas modificadas, hacen ostentoso alarde de patriotismo y de filosofía, sublimando más de lo merecido a los indígenas y derribando de sus pedestales a los héroes españoles. Entrambos juicios me parecen erróneos, por tocar en lo absoluto.²

A continuación señala Orozco su propia actitud. apartarse de ambos extremos y “buscar la verdad y la justicia” Es consciente de que la realización de ese propósito ofrece grandes dificultades, pero, como lo nota en seguida, el conocimiento “de interesantísimos documentos sacados de los archivos, crónicas, relaciones, escritos de autores nacionales, ya en mexicano, ya en español [..], las pinturas jeroglíficas [...]” recientemente dadas a conocer, le permitirán formarse una idea más cabal y objetiva de lo que fue el mundo antiguo. Su finalidad es, pues,

¹ Prólogo a la *Historia antigua y de la conquista de México*, t. I, México, 1880, p. v

² *Ibid.*, p. v-vi.

trazar un gran cuadro, lo más científicamente fundamentado, de esas culturas prehispánicas despreciadas por los hispanizantes y sublimadas por quienes “hacen ostentoso alarde de patriotismo”

Luis Villoro, en su ya citada obra, destaca precisamente esta actitud de Orozco, viendo en ella el esfuerzo de “manifestar lo indígena en función de la razón universal” El autor trata de enmarcar su estudio desde un punto de vista objetivo, *cientificista*. Los trabajos realizados por investigadores extranjeros sobre las mitologías del mundo clásico, le permitirán, por ejemplo, relacionar, siguiendo un método generalizador, los mitos y leyendas indígenas con los “principios universales” de lo que pudiera llamarse facultad creadora de mitos.

A Orozco no le interesó de manera especial obtener una imagen del mundo indígena en la que pudieran encontrar resonancias las preocupaciones del hombre contemporáneo. No podría designarse su intento como un empeño humanista de comprender, desde dentro, el mundo precolombino. Su actitud refleja más bien el *cientificismo* de su tiempo. En esto su obra guarda semejanza con la *Historia* que unos cuantos años después iba a publicar don Alfredo Chavero, en el primer volumen de *México a través de los siglos*. Mas hay que subrayar, desde luego, que los resultados a que llegó Orozco están muy por encima de los de Chavero. Orozco conoció mejor que nadie sus fuentes y se alejó con rigor científico de cualquier fantasía. Esto último no puede afirmarse de la obra de Chavero.

Distribuye Orozco y Berra el texto de su *Historia* en cuatro partes: la civilización prehispánica, el hombre prehistórico en México, la historia antigua y la conquista de México. Asombra al lector contemporáneo percatarse de la copiosa bibliografía que tuvo a su alcance el investigador Aprovechando documentos inéditos que le facilitaron, entre otros, don José Fernando Ramírez, don Joaquín García Icazbalceta y el mismo don Alfredo Chavero, puede decirse que su obra supone un enorme caudal de información de primera mano. La abundancia de obras consultadas y citadas por él quedarán de manifiesto al reconstruir, a la manera moderna, su bibliografía, que se dará como un apéndice de la presente edición. Así podrán conocerse de manera sistemática los documentos, libros y otras publicaciones mencionadas por Orozco a lo largo de los cuatro volúmenes de su *Historia*.

Aun cuando hoy en día parezca difícil compartir la actitud *cientificista* de Orozco, su *Historia antigua de México* sigue siendo una obra imprescindible. Ochenta años después de haber sido publicada por vez primera, sigue siendo obra necesaria de referencia y consulta. En ella se tratan temas como el de la escritura y el calendario



prehispánicos con una profundidad y claridad tales, que son sin duda la mejor y más asequible fuente de información para el estudioso. Al “Estudio previo” a esta edición, preparado por el Dr. Garibay, remitimos a quien desee mayor información acerca del método y plan adoptados por Orozco en la presente obra.

La bibliografía que de las obras publicadas por Orozco y Berra a continuación se ofrece, pone en evidencia la riqueza de su producción literaria, científica e histórica. Pero el más bien reducido elenco de los trabajos y estudios que acerca de su obra histórica se han publicado, muestra que es necesario conceder mayor atención a esta gran “crónica de crónicas”, como acertadamente nombró Icazbalceta a su *Historia antigua y de la conquista de México*.